

Título: La Izquierda Nacional frente al “hecho peronista”: programa estratégico del PSIN (1964) y definiciones tácticas del FIP ante el retorno democrático (1973).

Agustin Rodriguez Uria (FSOC – UBA) ¹

Resumen: Los años 60 y 70 fueron el tiempo de las heterodoxias dentro del campo marxista a nivel global. En nuestro país, el principal desafío que debieron afrontar las organizaciones de Izquierda fue tomar partido frente a la ineludible realidad que significaba el “hecho peronista”. En este sentido, la denominada “Izquierda Nacional”, conducida por Ramos y Spilimbergo, constituyó un verdadero experimento político dentro del marxismo. El grupo elaboró una singular posición que trató de conjugar un apoyo crítico al “nacionalismo burgués” peronista mientras que, en simultáneo, se delimitaba del mismo y abonaba por su superación socialista. Así, en primera instancia proponemos recorrer las raíces trotskistas del grupo, desarrollando sus principales definiciones teóricas y su “programa estratégico”. Para cumplir este objetivo nos centraremos en el documento “*Clase obrera y poder: Tesis políticas del PSIN*” (1964). En segundo término, proponemos analizar cómo estas definiciones estratégicas debieron ponerse a prueba en una coyuntura crucial: el retorno democrático de 1973 con participación peronista. Allí indagaremos las diferentes intervenciones “tácticas” del FIP frente al retorno electoral del peronismo, basándonos en el análisis de su periódico “*Izquierda popular*”. Este análisis nos permitirá comprender la especificidad de la Izquierda Nacional respecto a otras variantes marxistas de su época.

Palabras clave: Izquierda Nacional, peronismo, trotskismo, nacionalismo, Abelardo Ramos.

¹ Lic. en Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: agustinrodriguez@gmail.com

1) Introducción: el tiempo de las heterodoxias

Las décadas de 1960 y 1970 estuvieron signadas por continuos procesos de movilización social y de radicalización política a nivel global. Se trató de una época histórica en la cual numerosos factores (la desestalinización soviética, el auge de los movimientos de liberación nacional en el tercer mundo, el surgimiento de nuevas tradiciones intelectuales en la juventud universitaria europea, entre otros) condujeron al surgimiento de la posteriormente denominada “Nueva Izquierda” y a la constitución de gramáticas políticas emancipatorias que miraban mucho más allá de los límites del marxismo tradicional (Hobsbawm, 2013). En otros términos, durante estos años emergieron cuantiosas lecturas heterodoxas al interior del marxismo, las cuales incorporarían un especial énfasis en el tratamiento de la “cuestión nacional” y habilitarían múltiples caminos posibles hacia la revolución socialista. Así, diferentes tradiciones ideológicas como el socialismo, el nacionalismo, el islamismo e incluso el cristianismo se combinaron para dar nuevas y variadas formas a los movimientos revolucionarios de la época.

Nuestro país, lejos de estar alejado de estas tendencias, se constituyó como un espacio de acelerada confluencia de las mencionadas transformaciones globales. Sin embargo, los debates que atravesaron a las distintas corrientes de izquierda en la Argentina estuvieron sobredeterminados por una especificidad local de importancia crucial: el denominado “hecho peronista”. Es decir, durante las décadas posteriores al golpe de Estado de 1955, el clivaje “peronismo- anti peronismo” continuó estructurando todo el campo político nacional y, en pocas palabras, el peronismo como identidad de las masas devino un hecho ineludible, una realidad de hierro, sobre la cual todas las organizaciones “revolucionarias” debieron tomar partido. Así, el principal desafío que enfrentó la Izquierda argentina durante el periodo fue elaborar una relectura de lo que había sido el gobierno peronista, es decir, una lectura revisionista que se alejara de los cuestionados posicionamientos de la denominada “Izquierda Tradicional” (las ampliamente conocidas posiciones antiperonistas y conservadoras tanto del Partido Socialista como del Partido Comunista)

El resultado de este proceso revisionista fue una marcada y creciente “peronización” de la “cultura de izquierda” en nuestro país: una dinámica iniciada en los albores de la década de 1960 y finalmente decisiva en la década de 1970, cuando ya múltiples organizaciones propiciarían activamente un encuentro entre el nacionalismo peronista y el socialismo como proyecto revolucionario (Altamirano, 1992). Así, surgieron organizaciones revolucionarias con componentes marxistas desde dentro del propio peronismo, que asimilaron críticamente su identidad y constituyeron la denominada “Tendencia Peronista Revolucionaria” (TRP),

posteriormente denominada “Izquierda Peronista” por numerosos autores²; mientras que desde las organizaciones que se mantuvieron por fuera del peronismo se ensayaron nuevas posiciones: algunas permanecieron en el rechazo (aunque con formas más sutiles que las del periodo 1945-55), mientras que otras elaboraron novedosas formas de acercamiento y de “apoyos críticos”.

Dentro de este amplio y heterogéneo campo de las izquierdas de nuestro país, en el presente artículo indagaremos una forma específica: la “Izquierda Nacional” conducida por Jorge Abelardo Ramos y José Enea Spilimbergo. Se trata de una experiencia que resulta particularmente interesante de indagar por varias razones. En primer lugar, porque se trató de una corriente política que se anticipó en varios años a la relectura y revalorización del peronismo que luego realizaría el resto de la Izquierda. Es decir, se trató de una “orientación pionera” que asumió su apoyo al peronismo antes que cualquier otra variante de la Izquierda. En segundo lugar, porque se trató de una corriente político-cultural que apoyó al peronismo desde un marco teórico anclado en categorías de un marxismo de neto corte trotskista (desde sus orígenes hasta, al menos, el periodo de 1972/3 que analizaremos en detalle). De este modo, la Izquierda Nacional configuró una interesante rareza histórica: un “*nacional-trotskyismo*” que brindaba “apoyo crítico” al peronismo, una orientación que implicó posicionamientos polémicos y muy diferenciados de otras corrientes políticas de la época.

En este sentido, debemos señalar que nuestra indagación asumirá una clásica distinción teórico-política del marxismo: la diferencia entre Estrategia y Táctica. Para la mayoría de los autores clásicos, los objetivos estratégicos constituyen los horizontes programáticos últimos que organizan la acción política, subordinando y a la vez residiendo en cada decisión táctica. Las definiciones tácticas son, por el contrario, aquellas decisiones “aisladas”, tomadas en función de cada coyuntura y cada conflicto en particular, en función de orientar la práctica hacia el triunfo estratégico (Gross, 1959). De este modo, la dialéctica entre Estrategia y Táctica atraviesa cada momento de la lucha de clases, incluyendo el momento de disputa electoral. En definitiva, para las organizaciones “revolucionarias” las definiciones generales

² Debemos señalar que la categoría “Tendencia peronista revolucionaria”, junto a otras similares (“Nacionalismo Popular Revolucionario”, por ejemplo) resultaban categorías nativas utilizadas por los actores del periodo. Por el contrario, la categoría de Izquierda peronista es una categoría analítica, construida *a posteriori* en la investigación académica. Hecha esta aclaración, usaremos las categorías de modo relativamente indistinto, y comprendemos a la “Izquierda peronista” en un sentido amplio, tal como la define Friedemann (2018): “(...) *utilizamos la categoría de izquierda peronista: como categoría analítica y relacional. Llamamos izquierda peronista a una zona político-intelectual de múltiples manifestaciones que, conservando cierta heterogeneidad, formaban parte de la cultura política de izquierdas, incorporando categorías y horizontes propios del socialismo y la tradición marxista mientras asumían su pertenencia o adhesión al movimiento peronista. Así, el regreso de Perón al país y del peronismo al gobierno, desde la perspectiva de los actores, podía constituir una etapa o un momento en la construcción del socialismo. La categoría escogida permite distinguir a figuras y grupos que articularon marxismo y peronismo de aquellos que siendo peronistas no asumieron el propósito del socialismo ni hicieron suyos los aportes del marxismo.*” (p. 15)

siempre se ponen en juego en cada coyuntura, es decir, deben ser *traducidas* a una “táctica” concreta frente a los acontecimientos inmediatos que se presentan en cada realidad nacional. Nuestro objetivo será indagar la correspondencia entre las definiciones estratégicas que la Izquierda Nacional asume frente al peronismo y sus decisiones tácticas en una coyuntura concreta (el periodo pre electoral del 1972/3).

De esta manera, no pretenderemos ni reconstruir la genealogía histórica de la Izquierda Nacional ni la trayectoria biográfica de sus referentes, tarea ya realizada en incontables oportunidades (Galazzo, 1983; Ribadero, 2014; Summo, 2011). Por el contrario, proponemos indagar una serie de documentos seleccionados, separados por varios años de distancia, pero que en su conjunto resultan representativos y expresan la singularidad de las ideas estratégicas y tácticas del grupo. Con este objetivo, en el primer apartado reconstruiremos algunos hitos históricos relevantes de la Izquierda Nacional y rápidamente nos centraremos en el conjunto de determinaciones “estratégicas” que definieron a esta corriente política: basados en la *Teoría de la revolución Permanente* de Trotsky, su apuesta estratégica es *profundizar la revolución nacional y antiimperialista en una marcha ininterrumpida hacia el Socialismo*. En este apartado, centraremos nuestro análisis en las principales ideas del documento “*Clase obrera y Poder*” del III congreso nacional del PSIN (*Partido Socialista de la Izquierda Nacional*) elaborado a mediados de la década de 1960. En segundo término, indagaremos la correspondencia de estas tesis con las definiciones “tácticas” tomadas por el FIP (*Frente de Izquierda Popular*) durante una coyuntura concreta varios años después: el periodo de ocaso de la “Revolución Argentina” y la inédita apertura de un ciclo electoral con abierta participación peronista. Para este objetivo, nos centraremos en el *Periódico de la Izquierda Popular*, con particular énfasis en sus primeros 13 números que van desde septiembre de 1972 hasta abril de 1973.

Esta indagación nos permitirá discutir con ciertas lecturas que han considerado incoherentes, erráticas o “anómalas” las posiciones históricas de la Izquierda nacional. También proponemos una lectura alternativa a aquellas posiciones que han interpretado a esta corriente política como un fenómeno simplemente “en transición” hacia el peronismo, tal como argumenta Acha (2000). Por el contrario, pretendemos revalorizar aquellas posiciones y nos guía la hipótesis de que la Izquierda Nacional expresaba una orientación frente al peronismo con un alto grado de coherencia interna dentro del campo marxista.

2) Orígenes y proyecto estratégico de la Izquierda Nacional: las marcas de un trotskismo *sui generis*

Tal como esbozamos anteriormente, la corriente político-intelectual de la Izquierda Nacional conducida por Abelardo Ramos contó con la particular autoridad simbólica que le

confería haber valorado el peronismo desde sus inicios, cuando aún resultaba casi una herejía asumir posiciones “pro peronistas” desde el campo marxista. En efecto, será un reducido grupo de jóvenes militantes de origen trotskista quienes ya en 1945 elaboraron una lectura del “17 de octubre” alternativa a la visión de los grupos dominantes de la Izquierda en ese momento. Esta lectura fue plasmada en las páginas de un pequeño periódico llamado *Frente Obrero* y en el semanario *Octubre*, donde sugerían que el apoyo popular a Perón -lejos de implicar algún tipo de demagogia clientelar propia del fascismo- era producto de que su liderazgo era “una expresión débil, inestable y en el fondo traicionera, pero expresión al fin, a los intereses nacionales del pueblo argentino”³. Esta interpretación fue posible porque, desde la década del 30, pequeños grupos habían discutido las propuestas teóricas de Trotsky para los denominados países del Tercer mundo, permitiendo el ingreso prematuro de la “cuestión nacional” como problema teórico fundamental al interior del marxismo. Desde esta perspectiva, en 1953 se conformó efímeramente el Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN) que constituyó la primera experiencia en sostener un “apoyo crítico al peronismo desde la Izquierda” y resaltó como un grupo con una participación muy activa en los primeros meses de la resistencia luego del golpe del 1955.

Durante casi toda la década siguiente, Abelardo Ramos y el núcleo de militantes cercanos a las ideas de la Izquierda nacional, desarrollaron un profundo trabajo editorial en la búsqueda de abonar a un proceso de formación político-cultural. De este modo, se combinaba la edición de numerosos textos clásicos del marxismo (fundamentalmente de Lenin, Trotsky y Marx) con múltiples libros que ofrecían interpretaciones de la historia argentina desde las claves de la pujante izquierda nacionalista (Ribadero; 2016). Finalmente, en el año 1962 se funda el *Partido Socialista de la Izquierda Nacional* (PSIN) que durante casi una década funcionaría como el polo de referencia de la Izquierda Nacional bajo la conducción de Abelardo Ramos y Jorge Spilimbergo (quienes posteriormente tendrán profundas diferencias ideológicas). Sin embargo, tal como señalan varios autores, cabe destacar que el espacio de la Izquierda nacional en este periodo se trató más de una empresa intelectual y de intervención cultural que de una organización política con arraigo real en el movimiento obrero. El PSIN, y en particular la figura de Ramos, ejercerán una notable influencia en la cultura política argentina, muy por encima de la escueta realidad organizativa de su espacio político, que para muchos autores “nunca logró trascender los límites de un pequeño agrupamiento de la pequeña burguesía universitaria” (Galasso, 1983; 111). De modo tal, el PSIN transitaba la paradoja de ser una corriente política con gran riqueza ideológica y significativa capacidad para empalmar con el clima de época (un periodo de inmejorable fertilidad para desarrollar las ideas del “Socialismo Nacional”) pero que, sin embargo, no lograba una inserción real en la

³ Frente Obrero 19/10/45.

organización de las masas ni crecer en su caudal militante. Finalmente, en 1971 se fundaría el Frente de Izquierda Popular (FIP) precisamente con la pretensión de ampliar las adhesiones del PSIN, es decir, bajo la búsqueda de trascender su basamento universitario y ampliar sus bases de sustentación militante. En este sentido, debemos destacar que el FIP no supuso ni una disolución ni una ruptura respecto al PSIN, sino más bien su “reconfiguración ampliada”: lo que se buscó fue el lanzamiento de una nueva identidad que resulte más amplia y permitiera acercar nuevos grupos políticos cercanos a las ideas de la Izquierda Nacional. Sin embargo, en los hechos, existió una continuidad total entre el PSIN y el FIP, al punto tal que, por ejemplo, su mesa de conducción nacional mantuvo la misma composición (Galasso, 1983). Por esta razón, en lo que respecta a nuestro análisis sobre el peronismo, tomaremos las posiciones y orientaciones políticas de ambas organizaciones de modo unitario.

Realizado este recorrido, proponemos reconstruir los principales lineamientos estratégicos de esta corriente recuperando el documento “*Clase obrera y Poder: Tesis políticas del Partido Socialista de la Izquierda Nacional*” del III congreso del PSIN en el año 1964. Este documento significó la principal producción teórica de la organización, logrando condensar el “programa” y el “proyecto estratégico” de la Izquierda Nacional de modo más acabado. Como veremos, los núcleos fundantes de este programa permanecerán estables (al menos hasta 1976), por lo cual constituye una vía de acceso privilegiada para comprender los posicionamientos tácticos que luego tendrá el FIP durante el retorno democrático de 1973.

La redacción del documento estuvo a cargo de José Spilimbergo y nos interesa sistematizar los principales puntos de su interpretación tanto de la historia argentina como del fenómeno peronista en particular. Retomando la propuesta historiográfica de Ramos (1949), el punto de partida del documento es afirmar la “naturaleza semicolonial” de nuestro país y de todos los demás países latinoamericanos. Esta tesis había sido presentada por Ramos en su primer libro: “*América Latina: un país*” (1949) y en realidad, está directamente basada en la lectura previamente realizada por Trotsky. Para el revolucionario ruso, América Latina debía considerarse una única nación “balcanizada”, determinada por el atraso económico y por el sofocamiento imperialista. Por estas razones, la revolución socialista requería necesariamente un carácter regional plasmado en la consigna de “Unidad socialista de América Latina”.⁴

Más allá de los planteos regionalistas, la principal consecuencia de esta condición “semi colonial” y atrasada de nuestro país es que determinaría que la “contradicción política fundamental” no se produciría entre “la burguesía y el proletariado”, sino entre “el bloque

⁴ “*La América del Sur y Central solo podrán liberarse del atraso y de la servidumbre por la unión de todos sus estados en una poderosa federación. Esta grandiosa tarea histórica está destinada a ser realizada no por la atrasada burguesía latinoamericana, agencia totalmente prostituta del imperialismo extranjero, sino por el joven proletariado latinoamericano, líder del destino de las masas oprimidas*”. El texto citado es de Trotsky, “*La Cuarta Internacional y la guerra*”, publicado en forma de folleto en *Pioneer Publisher* en julio de 1934. Obtenido a partir de Ribadero (2014).

oligárquico-imperialista” y el “bloque nacional”.⁵ Esta es la afirmación inicial del documento y resulta crucial pues también se deriva directamente de una singular interpretación de la “*Teoría de la revolución permanente*” de Trotsky (2001). En este libro, Trotsky aplica políticamente la hipótesis de la “ley de desarrollo desigual y combinado” para sostener que, en los países (semi)coloniales, los socialistas revolucionarios no pueden simplemente esperar hasta que la burguesía lleve a cabo el proceso de liberación nacional, pues se trata de una burguesía raquíca y estructuralmente dependiente de los intereses imperialistas (Trotsky, 2001). Por esta razón, en estos países la burguesía nacional sería siempre incapaz de llevar hasta el final el proceso de “liberación nacional” y, por el contrario, el programa “democrático-burgués” sólo podría consumarse mediante la dirección de la propia clase obrera y a través de la revolución socialista (Trotsky, 2001, p. 147).⁶ En igual sentido, el documento del PSIN afirma que “sobre la frustración y la impotencia del nacionalismo burgués para romper definitivamente con el poder oligárquico y el imperialismo, las masas serán naturalmente empujadas a la revolución socialista”.⁷ Y añade:

Se trata de arrebatar a la burguesía las banderas de la democracia revolucionaria.

En los países semicoloniales y coloniales, el proletariado puede encontrar la ruta al poder, a condición de no aislar sectariamente sus tareas “específicas”, sino de asumir la *contradicción fundamental*, de proyectarse como representación nacional, disputando a la burguesía la jefatura histórica, impeliendo el curso ‘*jacobino*’, plebeyo de la lucha.⁸

Tal como señala Ribadero (2014), en definitiva, se trataba de un programa político que discutía directamente tanto con el etapismo de la Comintern estalinista y su visión del

⁵ “*Clase Obrera y Poder: Tesis políticas del Partido Socialista de la Izquierda Nacional*” (1964), redacción a cargo de José Enea Spilimbergo, Córdoba. Puede obtenerse en: <https://pensamientolatinoamericanounmdp.files.wordpress.com/2011/09/psin-tesis-1964.pdf>

⁶ En otro texto canónico del trotskismo llamado “*Programa de Transición: La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional*” del año 1938, Trotsky plantea el problema del siguiente modo: “Los países coloniales y semicoloniales son, por su misma naturaleza, países atrasados. Pero estos países atrasados viven en las condiciones de la dominación mundial del imperialismo. Es por eso que su desarrollo tiene un carácter **combinado**: reúnen al mismo tiempo las formas económicas más primitivas y la última palabra de la técnica y de la cultura capitalista. Esto es lo que determina la política del proletariado de los países atrasados: **está obligado a combinar la lucha por las tareas más elementales de la independencia nacional y la democracia burguesa con la lucha socialista contra el imperialismo mundial**. Las reivindicaciones democráticas, las reivindicaciones transitorias y las tareas de la revolución socialista no están separadas en la lucha por etapas históricas distintas, sino que surgen inmediatamente las unas de las otras. (...) No se trata de rechazar el programa democrático, sino de conseguir que, en su lucha, las masas lo **desborden**. Más tarde o más temprano, los soviets habrán de plantearse el derrocamiento de la democracia burguesa, pues sólo ellos pueden llevar a término la revolución democrática y abrir paso así a la era de la revolución socialista (...) La tendencia general de desarrollo revolucionario en todos los países atrasados puede determinarse por la fórmula de **revolución permanente** en el sentido que le confirieron definitivamente las tres revoluciones rusas” (Trotsky, 2008; p. 66-70).

⁷ “*Clase Obrera y Poder...*” (1964), p. 6

⁸ *Ibid.*, p. 7.

“socialismo en un solo país” como con las visiones reformistas, proponiendo el **entrelazamiento permanente de las tareas “nacionales-burguesas” con las “socialistas”**. De este modo, las tareas de “liberación nacional” y el desarrollo de un programa democrático-burgués (aún incompletas), se transforman en la piedra angular de la práctica política socialista. De la revolución nacional se deriva la revolución socialista, allí el carácter “permanente” de la revolución. Como puede observarse, esta teoría es el eje ordenador de toda la interpretación histórica del PSIN y de su posicionamiento frente al fenómeno peronista.

En este marco de referencia debe comprenderse la propuesta historiográfica del PSIN, cuando el documento reconstruye una interpretación de la historia argentina atravesada por la contradicción fundante entre dos grandes actores: los sectores oligárquicos y el bloque nacional. Bajo esta lectura, los sectores oligárquicos-imperialistas se definen por su naturaleza puramente parasitaria (“una clase capitalista pero no burguesa”⁹), dado que se trata de una clase aferrada a la acumulación rentística obtenida como producto de su propiedad monopólica de la tierra. Estos sectores son, por lo tanto, los responsables de mantener al país sumido en el atraso y la dependencia, y sus expresiones políticas históricas habrían sido el “mitrismo”, la generación política de 1890, el radicalismo alvearista, los demócratas-progresistas del litoral y finalmente todos los sectores “librecambistas” que confluyeron en la Unión Democrática en 1945, incluyendo por supuesto a la denominada “Izquierda Liberal”. En la vereda contraria, se encontrarían las fuerzas nacionales, cuya genealogía se inicia con algunos de los padres fundadores de la patria (Moreno, Artigas y Bolívar), continúa por Rosas e incluso incorpora al “roquismo” (por su vocación federalista considerada “progresiva” frente al mitrismo). Esta trayectoria deriva en el yrigoyenismo durante la primera mitad del siglo XX y finalmente llega al peronismo como expresión más acabada de un movimiento de masas que asumió las banderas de la “liberación nacional”. La principal diferencia entre estos dos últimos sería que el peronismo “implica un salto de calidad respecto al yrigoyenismo: el paso de un mero nacionalismo defensivo hacia un proyecto nacionalista industrial orgánico, que es un capitalismo económicamente soberano”.¹⁰

De este modo, el peronismo se caracteriza como un movimiento político “nacional-burgués” que asume las banderas de la liberación nacional y está, por estructura, destinado al fracaso. Como afirmó Trotsky (2001), la debilidad y dependencia de la burguesía nacional la determinarían como incapaz de superar el subdesarrollo y de llevar a cabo la liberación democrática del país. Por estas mismas razones, el PSIN sostiene que el carácter burgués del programa peronista ni siquiera implicó la dirección política de la burguesía nacional. Por el contrario, dado su sumisión estructural al imperialismo, fue el propio ejército quien tuvo que

⁹ Ibid., p. 2.

¹⁰ Ibid., p. 18.

actuar de *facto* como “el partido de la burguesía nacional”.¹¹ Sin embargo, el documento señala que “en la medida que la fuerza histórica-social de esta jefatura burguesa eran las masas trabajadoras, se delineó entonces un *bonapartismo democrático* burgués cuya síntesis era Perón”.¹² Esta definición del liderazgo de Perón se funda, nuevamente, en los desarrollos de Trotsky sobre el bonapartismo (además de los textos clásicos de Marx), y en particular, en algunos textos en los cuales el revolucionario ruso esboza la posibilidad de un “bonapartismo de izquierda” en los países coloniales y semicoloniales.¹³ En este punto, vale la pena citar en extenso el documento redactado por Spilimbergo:

*“El estado peronista y el movimiento peronista eran **burgueses** porque no propusieron trascender las condiciones de un capitalismo progresista; el apoyo obrero y popular les confirió su carácter **socialmente democrático**. Su **naturaleza bonapartista** derivaba de que la burguesía nacional no ejercía, como clase, la conducción, su gobierno era indirecto, y de hecho, la política nacionalista burguesa le fue impuesta a pesar de sus aprensiones, de su oposición a la ‘demagogia’ y de su miedo a las represalias imperialistas.”¹⁴*

Este “bonapartismo socialmente democrático” solo habría sido posible por el ciclo de acumulación extraordinario de la posguerra que elevó el precio de los productos exportables y permitió un proceso redistributivo que integrase a todas las clases. De modo tal, en la lectura del PSIN, el destino del peronismo estaba históricamente determinado y su deriva se limitaba a tres trayectorias posibles: 1) su estabilización burguesa o su propio “Termidor”, a saber: la consumación de un proceso de desarrollo burgués que incluyese la industria pesada, para lo cual se habría tenido que enfrentar con las masas obreras y despojarse de su raigambre plebeya, 2) su “capitulación” frente al intento restauracionista de la propia burguesía nacional si esta le diese la espalda prefiriendo la sumisión imperialista del país (lo que efectivamente

¹¹ Ibid., p. 22.

¹² Ibid., p. 22.

¹³ Enrique Rivera recuperó varios textos póstumos de Trotsky donde se plantea este posicionamiento. ““Los gobiernos de países atrasados, es decir, coloniales y semicoloniales, asumen en todas partes un carácter bonapartista o semibonapartista; pero difieren uno de otro en esto: que algunos tratan de orientarse en una dirección democrática, buscando apoyo en los trabajadores y campesinos, mientras que los otros instauran una forma de gobierno cercana a la dictadura policíaco-militar.” La interpretación de Rivera, que formaba parte de los núcleos originarios de la Izquierda Nacional (formó parte del PSNR) era que Trotsky –observando el gobierno de Cárdenas en México- identificó la posibilidad de un “bonapartismo de izquierda”, el cual incluso podría invitar a los trabajadores a participar de la administración de las empresas nacionalizadas. Frente a esto, Trotsky recomendaba apoyar críticamente la política de nacionalizaciones, pero siempre manteniendo “una organización obrera independiente”, que “blinde a los trabajadores de los vaivenes y posibles capitulaciones del nacionalismo burgués” (Rivera, 1953). Como veremos, estos argumentos aparecerán nítidamente en el planteo del PSIN y luego del FIP.

¹⁴ Ibid., p. 22. (el resaltado nos pertenece).

habría sucedido); o 3) radicalizar el conflicto con el imperialismo y la oligarquía, avanzando en un programa de expropiaciones que lo conduciría inevitablemente a un “desborde por izquierda” en el cual la conducción política pasaría a la clase obrera, desplazando al liderazgo bonapartista de Perón.

De este modo, el destino del peronismo (en el pasado y, como veremos, en el futuro) estaría sellado de antemano por su propia condición de clase. En este sentido, Spilimbergo escribe sobre la caída del gobierno en 1955:

*“Pero la jefatura peronista -Perón en primer término- no enfrenta esta pérdida de factores de poder apelando a la movilización y organización revolucionaria de las masas. Sin pretender convertir la apelación a las masas en una panacea política, y conscientes de que el esfuerzo para limitarlas durante 10 años a un capitalismo “progresista” gravitaba funestamente sobre la politización general y la selección de cuadros, no es menos cierto que un leve impulso adicional habría permitido -como lo reconocieron los mismos triunfadores de septiembre- aplastar la sedición oligárquica. **La jefatura burguesa permaneció fiel a su condición de clase, negándose a un triunfo que hubiera exigido ahondar el curso de la revolución popular**”¹⁵.*

En suma, como hemos visto, el peronismo es caracterizado desde un marxismo de neto corte trotskista como un proyecto de desarrollo nacional-burgués, cuyos límites están determinados *a priori* por su condición de clase, mientras que J.D. Perón configuraba un liderazgo “bonapartista de tipo democrático”, cuyo rol era evidentemente “progresivo” para el desarrollo nacional, pero debía ser *superado*.

En directa consecuencia de esta lectura, el “proyecto estratégico” del PSIN se afincó, entonces, en tres directrices centrales:

1- La confluencia inicial con el programa democrático burgués, bajo el supuesto de que las tareas burguesas serán necesariamente *superadas* por las tareas socialistas o, por el contrario, solo podrán fracasar.

2- El sujeto político de este proceso de radicalización sería una *“alianza plebeya entre el proletariado y la pequeña burguesía”*¹⁶, incluyendo un programa específico para separar a esta última de sus históricas direcciones oligárquicas (radicalismo, democracia progresista, “Izquierda Cipaya”). En este sentido, Spilimbergo señala que la pequeña burguesía llegará a la revolución “no desde una voluntad inicial socialista revolucionaria, sino a consecuencia de

¹⁵ Ibid., p. 22. (el resaltado nos pertenece).

¹⁶ Ibid., p. 29.

su convicción final de que sólo a través del liderazgo obrero y la destrucción del capitalismo encuentra solución práctica a sus problemas fundamentales”.¹⁷

3- Como resultado de las dos anteriores, se postula la necesidad de un “Frente nacional” bajo la dirección hegemónica del proletariado. Este punto implica otra definición central, que también se deriva de los postulados de Trotsky: la necesidad política de un “**partido obrero independiente**”, tanto de la estructura peronista como de cualquier variante burguesa. Así, el documento enfatiza:

*“En consecuencia, hemos insistido en todo momento en que la lucha por el partido obrero está en la misma base de la lucha por la hegemonía del proletariado en la revolución, hegemonía que se revela como fundamento de un poder popular fecundo y perdurable. **Negamos por eso mismo, que la constitución de un ala izquierda dentro del peronismo pueda sustituir a la tarea de creación del partido obrero. Negamos que esa tarea pueda prepararse mediante el llamamiento al entrismo en el peronismo. El deber de las fuerzas socialistas revolucionarias consiste en levantar públicamente su plataforma política y organizativa, en fraternal y limpia colaboración en la lucha con los cuadros combativos del proletariado peronista. Solo la preexistencia de una tal plataforma es capaz de suministrar, en el momento histórico oportuno, una opción real susceptible de dar cauce y expresión a la radicalización revolucionaria de las masas**”.*¹⁸

De este modo, el “partido obrero independiente” que se delimite de la estructura y de la propia identidad peronista es visto como la *condición de posibilidad* para poder dirigir a las masas hacia su radicalización socialista. Cabe señalar, para remarcar la singularidad del grupo, que esta concepción general era compartida con otras organizaciones de matriz trotskista (como el PRT y el PST) pero, a diferencia del PSIN, estas interpretaban que debían oponerse férreamente al peronismo desde un primer momento para poder superarlo. Mientras que, en la vereda opuesta, muchos pensadores circundantes al propio campo de la “Izquierda Nacional” como Hernández Arregui o Rodolfo Puiggrós asumen abiertamente la necesidad de participar en las estructuras peronistas y prescinden de la apuesta por conformar “organizaciones independientes” de carácter clasista.

Por último, dado lo expuesto resulta evidente señalar que los integrantes de la Izquierda Nacional se plantean a sí mismos como una “vanguardia política”, cuya tarea es conducir a la superación del peronismo trascendiendo sus limitaciones burguesas. En esta lectura, la “vanguardia” no se entendería como “dirección iluminada” sino como “nexo” entre las masas

¹⁷ Ibid., p. 30.

¹⁸ Ibid., p. 32. (el resaltado nos pertenece).

aun peronistas y sus “verdaderos intereses históricos”: la construcción del socialismo. El documento concluye:

*“En las cuatro banderas, condensamos tácticamente este punto de vista: independencia económica, soberanía política, justicia social y poder obrero. Sin poder obrero, aquellas tres se convierten en importantes piezas de museo. Pero el poder obrero subvierte los contenidos y alcances de las anteriores destruyendo su asfixiante envoltura burguesa. Por eso repetimos que no formamos un partido “aparte” de la corriente de la clase trabajadora, sino que en cada momento de su lucha establecemos el nexo entre los pasos cruciales de ese movimiento y su destino histórico”.*¹⁹

3) La Izquierda Nacional en la hora crucial: Perón y el retorno democrático.

En el aparatado anterior desarrollamos el conjunto de definiciones estratégicas de la Izquierda nacional. Sin embargo, como comentamos inicialmente, el “programa estratégico” de una organización marxista se compone de un conjunto de definiciones generales que deben ponerse en juego en cada coyuntura, es decir, deben ser traducidas a una “táctica” concreta frente a los acontecimientos inmediatos que se imponen en la realidad nacional.

De este modo, de aquí en adelante proponemos indagar los momentos pre-electorales de 1972 y 1973: buscaremos reconstruir el modo en que las definiciones generales de la Izquierda Nacional debieron ponerse en práctica durante esta coyuntura crucial. Si bien a lo largo de toda la década sucedieron importantes transformaciones y conflictos políticos, elegimos indagar directamente los meses finales de 1972 y de comienzos de 1973, puesto que constituyen un momento determinante en la historia nacional. Se trata de unos pocos meses signados por la crisis de la “Revolución Argentina” y la posibilidad del retorno no solo de la democracia, sino del peronismo y del propio Perón, al juego electoral en nuestro país por primera vez en 18 años.²⁰

¹⁹ Ibid., p. 34.

²⁰ En este sentido, resulta indispensable recordar que desde mediados de 1971 el gobierno militar quedará a cargo del General Lanusse, que habiendo reconocido el fracaso del proyecto de la “Revolución Argentina”, asume la tarea casi excluyente de construir una “salida política” a la profunda crisis del estado argentino abierta desde el Cordobazo en 1969 (O'Donnell; 1977). En ese marco, Lanusse lanzará el GAN (Gran acuerdo Nacional), cuyo objetivo máximo era configurar una salida por la vía electoral, que tuviera a las propias fuerzas armadas a la cabeza, pero incluyendo un acuerdo con todos los partidos políticos y la burocracia sindical. A partir de allí y hasta las elecciones de 1973, se abrirá un periodo de permanente enfrentamiento y negociación entre la Junta Militar y el propio Perón, que buscaría desplazar a las fuerzas armadas y convertirse en el verdadero conductor del proceso de reconstrucción nacional. En su conjunto, hacia fines de 1972 nos encontramos en un contexto de profunda crisis del estado, de continuos levantamientos populares (con el Cordobazo como hito fundacional), de agudización generalizada de la lucha de clases y de violencia política (con un crecimiento sostenido de todas las organizaciones armadas).

Así, el proceso electoral de 1973 implicó una coyuntura inédita para la historia de la Izquierda Nacional, que hasta la fecha nunca había tenido que posicionarse seriamente en un proceso electoral en relación al peronismo y mucho menos frente a la figura Perón. Se trató de una coyuntura que obligó al conjunto de las organizaciones políticas de Izquierda emergentes durante la década del 60 a tomar definiciones muy concretas por primera vez: ¿Se está dentro o fuera del posible frente Justicialista? ¿Se lo apoya? ¿En qué condiciones? ¿Qué hacer frente a la posible candidatura de Perón? ¿Y frente a otro candidato justicialista? En definitiva, para el caso de la Izquierda Nacional: ¿Qué forma electoral concreta debería asumir el “apoyo crítico” a los aspectos progresivos del peronismo? ¿Cómo se plasma la pretensión de “superar por izquierda” al peronismo en este contexto? Nuestro análisis se centrará en los meses de septiembre de 1972 hasta el momento electoral (marzo del 73), con particular énfasis en el periodo que va de septiembre a diciembre del año 1972. En este periodo podemos observar nítidamente la propuesta táctica más genuina del FIP, pues allí aún todos los escenarios electorales estaban abiertos, dado que permanecían en desarrollo las negociaciones de la Junta militar con los diferentes actores políticos nacionales.

Por su parte, para este momento el PSIN ya había devenido, como señalamos anteriormente, en Frente de Izquierda Popular (FIP). El objetivo de su creación fue la construcción de un instrumento político de masas que excediera los límites partidarios del PSIN y abonara a un direccionamiento socialista de los levantamientos populares que se venían sucediendo desde 1969. Sin embargo, en los hechos el FIP no sería más que el PSIN “agregando un conjunto de grupos y adherentes sueltos que arrimaron sus fuerzas ante un programa más amplio” (Galasso, 1983, p. 137). A su vez, este mayor grado de amplitud permitió el acercamiento de grupos más ligados al “nacionalismo de izquierda” que al marxismo, abonando a un proceso de desdibujamiento parcial de los orígenes y la identidad trotskista del grupo.²¹ A pesar de ello, podemos sostener que los principales lineamientos estratégicos desarrollados en la sección anterior mantuvieron plenamente su vigencia y continuaron siendo la piedra angular de todos los posicionamientos del FIP durante este periodo. Es decir, más allá de las transformaciones identitarias del grupo, la matriz de lectura teórico-política de la organización continuó siendo un conjunto de preceptos derivados de un

²¹ A modo de ejemplo, podemos señalar la nota central del N°5 del periódico *Izquierda Popular* (Oct-Nov 1972). Allí podemos leer una crónica de la “Cena de la victoria”, es decir, una cena organizada como cierre de la campaña nacional de afiliaciones realizada por el partido (la cual consiguió más de 45 mil afiliados y personería jurídica en prácticamente todas las provincias), a la cual asistieron 1500 personas. En la crónica, se menciona la novedosa participación en el acto de un “sector de compañeros provenientes del peronismo revolucionario” cuyo principal cantico fue “Perón, Evita, la Patria socialista” (*Izquierda Popular*, N°5, Oct-Nov 72), evidenciando la participación creciente de sectores más ligados al “nacionalismo de izquierda” que a la tradición marxista.

marxismo de corte trotskista.²² Así lo podemos observar en la propia carta fundacional del FIP, publicada en *Izquierda Nacional* n°19, en la cual se afirma:

*“Militantes de diversos orígenes políticos y jóvenes de la nueva generación sin compromiso con el pasado, han resuelto echar las bases del Frente de Izquierda Popular ante la crisis que conmueve al país. (...) El FIP se constituye a partir de la convicción de que en los países semicoloniales o dependientes de la influencia imperialista extranjera, la lucha contra esa influencia se ha dado siempre y debe darse bajo la forma de un Frente nacional Antiimperialista. (...) Así ocurrió con el yrigoyenismo en 1916 y 1928, y con el peronismo en 1946 y 1952. Ambos movimientos representaron la voluntad de clases sociales diferentes interesadas en la independencia nacional. En el contenido de esa lucha, más allá de sus errores o limitaciones, reside la progresividad histórica de ambos movimientos nacionales, cuya significación positiva el FIP reivindica. (...) La experiencia histórica indica que en un nuevo movimiento nacional solo podrá emancipar a la Argentina si es capaz de despojar a la oligarquía terrateniente y sus aliados extranjeros de su base social y sólo si es capaz de enarbolar las banderas patrióticas del yrigoyenismo y del peronismo añadiendo la bandera del socialismo”.*²³

De este modo, desde su fundación el FIP reafirma el conjunto de posiciones históricas de la Izquierda Nacional, y asume la difícil tarea de construir un frente político capaz de intervenir ante el posible ciclo electoral bajo el objetivo estratégico de radicalizar el proceso de liberación nacional en una dirección socialista. Bajo esta pretensión, el FIP presenta un programa inmediato de más de 60 medidas, las cuales pueden sintetizarse en cuatro banderas de lucha principales: “la democracia política, el nacionalismo económico, la planificación socialista, el gobierno obrero y popular”.²⁴

Como ya hemos señalado, todo el año 1972 estuvo signado por las negociaciones de Perón y los diversos actores políticos nacionales con la Junta militar. Se trató de un arduo proceso de negociaciones dentro del cual se dirimía el carácter de las próximas elecciones,

²² El desdibujamiento de los orígenes trotskistas del grupo fue un proceso iniciado muchos años antes que la formación del FIP. Si se observa el recorrido de Ramos y de los principales dirigentes de la Izquierda Nacional, vemos que se trató de una tendencia lenta pero constante que va desde la década de 1940 hasta los años 70. A pesar de ello, las referencias teóricas a Trotsky siempre continuaron ocupando un lugar preponderante en los análisis del grupo, algo que resulta particularmente observable en la Revista *Izquierda Nacional* (precisamente la revista teórica de la organización, cuya publicación tenía un carácter mensual). De hecho, pueden observarse referencias a Trotsky -en forma de numerosas citas, traducciones de sus textos, homenajes por el aniversario de su asesinato, etc.- en *“Izquierda Nacional”* n°19, n°24°, n°25, n° 28, n° 33, entre otras. En definitiva, con el correr de las décadas la izquierda Nacional se distanció de la asunción del “trotskismo” como *identidad política*, pero no de sus principales lineamientos y preceptos teóricos.

²³ *Izquierda Nacional* N°19. Ene-1972.

²⁴ *Izquierda Popular* N°4 Oct-1972

los marcos de alianzas, las organizaciones y candidaturas posibles (con la discusión central puesta en la posibilidad de la propia candidatura de Perón), y el rol de seguridad interna que se resguardarían las FFAA en cualquier futuro gobierno. En este marco, podemos sintetizar cuatro grandes “definiciones tácticas” del FIP frente a esta coyuntura, expresadas sistemáticamente en casi todos los números de *Izquierda Popular* durante el segundo semestre de 1972.

En primer lugar, el FIP se posiciona en contra de toda posibilidad de “acuerdo con dictadura militar oligárquica” y, por el contrario, se pronuncia en favor de unas elecciones totalmente libres sin condicionamientos ni proscripciones (lo cual, en los hechos, implicaba reclamar que se permita la candidatura de Perón). En segundo lugar, el FIP apoya e impulsa activamente a esa posible candidatura presidencial de Perón, pero *reservándose la conformación de listas propias para el resto de los cargos*. Tercero, la organización sostiene que la única forma de lograr las dos anteriores (elecciones totalmente libres y con Perón como candidato presidencial) es mediante la lucha y la movilización popular. Al igual que el 17 de octubre solo la movilización de masas generaría la correlación de fuerzas necesaria para que la Junta Militar aceptase la candidatura de Perón. La cuarta definición que adoptó el FIP, en continuidad con todas las anteriores, fue una crítica permanente hacia el conjunto de “partidos políticos tradicionales” y hacia la burocracia sindical peronista, la cual declarativamente exigía elecciones libres, pero en los hechos apostaba a la negociación superestructural de Perón y resignaba la movilización de masas. Este conjunto de definiciones se observan en todos los titulares de *Izquierda Popular* entre septiembre y diciembre de 1972, cuando el escenario electoral aún estaba abierto pero las negociaciones de Perón con la Junta militar ya indicaban que el líder peronista aceptaría el famoso “autorenunciamento”. Así, el periódico titulaba reiteradamente: “*Sólo la acción de Masas terminará con la segunda Revolución fusiladora*”²⁵ “*Para luchar, hay que querer luchar*”²⁶, “*Hacen falta hechos y no palabras*”²⁷, “*Ningún acuerdo y a la lucha*”²⁸ y finalmente “*Perón presidente y luchar por el socialismo*”²⁹, entre otros títulos.

Llegados a este punto, proponemos analizar pormenorizadamente el modo en que este conjunto de “definiciones tácticas” se relacionan con los diversos lineamientos estratégicos de la Izquierda Nacional que desarrollamos inicialmente. En particular, debemos analizar las formas que asume “el apoyo crítico” manteniendo siempre “independencia organizativa” y, por otro lado, de qué modo se propicia la “radicalización hacia el socialismo” del proceso político.

En cuanto al primer punto, recordemos que la estrategia general del PSIN determinaba la necesidad de organizar un “partido obrero” que sea “independiente” de la dirección

²⁵ *Izquierda Popular* N°1, Sep-72.

²⁶ *Izquierda Popular* N° 4, Oct-72.

²⁷ *Izquierda Popular* N° 2, Sep-72.

²⁸ *Izquierda Popular* N° 8, Dic-72.

²⁹ *Izquierda Popular* N° 7, Nov-72.

burguesa-peronista, pero que en simultáneo apoye al liderazgo nacionalista. En la coyuntura de 1972/3, esta definición se traduce en la defensa irrestricta a la candidatura presidencial de Perón “como expresión de la clase obrera y las mayorías populares, pero [el FIP] sostendrá sus propias listas para los restantes cargos, para afirmar su decisión independiente de luchar por un programa socialista”.³⁰ Es decir, asume la forma electoral y concreta de una “*lista colectora*”. Vale la pena citar a Ramos en extenso explicando este punto con claridad meridiana:

*“Si en el curso de la lucha próxima, el peronismo logra imponer el nombre de su jefe para candidato a presidente, el FIP apoyaría tal candidatura, reservando para los militantes del FIP las restantes nominaciones con el objeto de marcar de tal manera la voluntad de no desunir una salida nacional en el momento en que las masas populares se agrupan detrás de Perón y al mismo tiempo, de indicar categóricamente las **divergencias estrategias** con el peronismo en la lucha final del FIP por el programa socialista. En el caso de que en tales supuestas elecciones el nombre de Perón no sea propuesto o sea retirado, por cualquier causa, el FIP discutirá, en un congreso, el criterio que adoptaran sus fuerzas en la emergencia. **El FIP se considera el ala Izquierda de la Revolución nacional, pero sus decisiones no están sujetas a la orientación dictada por la conducción del peronismo sino a las necesidades supremas de la revolución y de la Patria**”.*³¹

De este modo, el FIP se posicionó sistemáticamente en contra de cualquier “acuerdo” de Perón con la Junta Militar que implicase el auto renunciamiento de su candidatura. Lo singular de la posición enunciada por el FIP, es que el apoyo a Perón no se considera en ningún momento ni una lealtad personal ni una coincidencia con su orientación política estratégica. Por el contrario, el FIP milita activamente la candidatura de Perón en tanto la misma representa “los intereses más acabados de la soberanía popular, *independientemente de lo que él decida*”.³² Se trata, en definitiva, de un apoyo impersonal. Nuevamente, vale la pena recuperar las palabras de Ramos:

“Rechazamos la idea de que la cuestión de las candidaturas sea una “cuestión secundaria”. Si se trata de la candidatura de Perón es una cuestión esencial. Esa candidatura es mucho más importante que Perón como ciudadano privado. Sintetiza en este momento la voluntad de poder y la cohesión histórica de la clase obrera y el pueblo

³⁰ Izquierda Popular N° 7, Nov-72.

³¹ Izquierda Nacional N°19, Ene-1972.

³² Izquierda Popular n° 5, Oct-72.

argentino. Si fuese cierto que Perón renunciara a su postulación presidencial en aras de la unión nacional, estaríamos en condiciones de afirmar que Perón no puede renunciar a lo que no le pertenece. De su nombre se han adueñado las mayorías nacionales y hasta resulta indiferente la propia opinión de Perón al respecto".³³

En este punto, ya comenzamos observar también cuales son los posicionamientos que el FIP está llevando adelante en la búsqueda de generar un “desborde por izquierda” del movimiento peronista. Es decir, el FIP no solo apoya la candidatura de Perón, sino que la exige: el posible “auto renunciamiento” evidenciaría nuevamente el sesgo de clase del líder peronista, en la medida que evita apostar a la movilización popular para derrotar a la dictadura e imponer las elecciones libres. Al igual que en 1955, los límites burgueses de su liderazgo se manifestarían en su resistencia a luchar. Por el contrario, el FIP afirma reiteradamente que, desde el Cordobazo, el proceso de ascenso de las masas habilitaría las condiciones para profundizar la lucha y esta sería la única forma de garantizar la soberanía popular: en definitiva, el FIP busca **forzar al propio Perón a apoyarse en las masas** y propone el desarrollo de “una política revolucionaria que una las banderas del 29 de mayo con las del 17 de octubre”.³⁴

A su vez, la dirección del FIP interpreta que el proceso de movilización ascendente abierto desde el Cordobazo plantea una impugnación radical al sistema político en su conjunto, incluido todo el sistema partidario y la burocracia sindical peronista.³⁵ Se trataría, entonces, de movilizaciones que desbordan ampliamente el “dique de contención” de la burocracia sindical y el acuerdismo superestructural inherente a los partidos políticos tradicionales. De modo tal, la impugnación del sistema partidario tradicional incluye al FRECILINA y todas las organizaciones que formaban parte del armado peronista (previo a la conformación definitiva del FREJULI). Todas ellas son consideradas meros grupos de oportunistas que solo se interesan en distribuirse cargos en las listas mientras dan por hecho el renunciamiento de Perón.

En definitiva, la “exigencia” a Perón y el llamado a la movilización popular por su candidatura más allá de su voluntad personal, junto a la confrontación directa con la burocracia sindical peronista y los partidos políticos tradicionales, son las orientaciones concretas mediante las cuales se materializa, la definición estratégica de “radicalizar jacobinamente el

³³ *Izquierda Popular* n° 5, Nov-72 (El resaltado nos pertenece).

³⁴ *Izquierda Popular* n° 9, Dic-72.

³⁵ El siguiente párrafo resulta particularmente ilustrativo de esta lectura: “El Cordobazo se inscribe en una línea superadora del 17 de octubre de 1945. Ya no se trataba como en las jornadas del 45, de apuntalar a un sector del sistema gobernante contra el ala oligárquica y contrarrevolucionaria, sino de enfrentar por la vía de la lucha de masas al estado oligárquico en su conjunto, apuntando más allá de los límites de la argentina burguesa” (*Izquierda Popular* n°31, Mar-74)

proceso de liberación nacional hacia el socialismo”, en la coyuntura pre-electoral de 1972. En caso de concretarse un “desborde por izquierda”, el programa socialista (planificación económica, nacionalizaciones y expropiaciones de los núcleos de poder oligárquico) liderado por un gobierno obrero-popular conduciría a un proceso definitivo de liberación nacional, superando las limitaciones burguesas impuestas por la conducción de Perón.

Hemos planteado, entonces, las principales definiciones tácticas que el FIP adoptó en los meses claves de 1972, es decir, entre septiembre a diciembre de 1972 cuando la conformación de las listas y candidaturas electorales aún era un proceso abierto. La historia que sigue es ampliamente conocida: Perón finalmente renuncia a su candidatura y apuesta a la fórmula presidencial “Cámpora - Solano Lima”. Ante esta decisión, el FIP decidirá concurrir a las elecciones con una lista propia, cuya fórmula fue “Ramos – Silvetti” bajo el compromiso de barrer la proscripción y llamar a nuevas elecciones libres en menos de 60 días en caso de triunfar.³⁶ Es evidente que el FIP había quedado preso de sus definiciones previas: el FREJULI fue considerado el resultado de los acuerdos superestructurales y palaciegos de la burocracia sindical donde habría “más gorilas que peronistas”.³⁷ En otros términos, se trataba de un producto totalmente ajeno a la lucha popular, construido a espaldas del pueblo, que habilitaba el retorno del peronismo en “frio” paralizando a las masas e impidiendo la posibilidad de un retorno “caliente”.³⁸ En consecuencia, para el FIP todas las candidaturas presentadas en marzo de 1973, incluida la de Cámpora, no representarían “más que variantes de la misma ignominia”, es decir, “la ignominia de la argentina oligárquica y semicolonial en crisis”.³⁹

En este marco, durante las últimas semanas previas a la elección, el FIP apuesta a construir una polarización contra prácticamente todo el resto del sistema político: todos los frentes que se habían conformado para las elecciones aceptando el “fraude” habrían demostrado su “dependencia abyecta hacia la dictadura militar gorila”, con la “única honrosa excepción del Frente de Izquierda Popular”.⁴⁰ Aun así, la decisión del FIP de concurrir en competencia con el armado peronista no estuvo exenta de debates y de una reconocible incomodidad. Por un lado, el FIP apoyó al FREJULI en cinco distritos en los cuales no había adquirido personería jurídica. Por otra parte, se comprometió a apoyar al justicialismo en caso de que haya una segunda vuelta entre Cámpora y Balbín. A su vez, es evidente que la decisión de ir por fuera de la estructura peronista generaba ciertas tensiones internas dadas las recurrentes explicaciones sobre “por qué no se debía entrar al FREJULI” presentadas en Izquierda Popular. Así, en una entrevista realizada en febrero de 1973 Ramos afirma:

³⁶ *Izquierda Popular* n° 9, Dic-72.

³⁷ *Izquierda Popular* n° 9, Dic-72.

³⁸ *Izquierda Popular* n° 9, Dic-72.

³⁹ *Izquierda Popular* n° 9, Dic-72.

⁴⁰ *Izquierda Popular* n° 9, Dic-72.

“La fórmula Cámpora - Solano Lima representa una opción progresiva ya que, aunque tímidamente, se coloca en el cauce del movimiento de masas. Nuestra diferenciación consiste en que esta fórmula surge de un proceso de no movilización de las masas populares mientras que el FIP insistió en todas y cada una de las circunstancias en la movilización popular. Por eso, la fórmula Cámpora - Lima refleja al movimiento nacional en su pasividad”.⁴¹

En suma, para el FIP el FREJULI claudicó al negarse a apostar a la movilización de las masas, evidenciando las limitaciones propias de su condición de clase y la “temerosidad” inherente de toda conducción burguesa en los países semicoloniales. Por lo cual, siguiendo su razonamiento, para el FIP apoyar al FREJULI habría sido claudicar junto a la burguesía. De todos modos, resulta llamativo que durante estos meses el FIP es extremadamente cauteloso en la crítica a Perón y en general, solo se limita a criticar a la estructura partidaria peronista. Esta distinción debe leerse bajo el intento del FIP de mostrar una línea “consecuente” hacia las masas peronistas, es decir, el grupo pretendía representar hasta el final “las verdaderas banderas del movimiento nacional”.⁴² De este modo, el FIP defiende incondicionalmente -como ninguna otra organización del país- la candidatura de Perón, pero rechaza en bloque a la estructura peronista. A su vez, concurriendo por separado al proceso electoral, considera que no se “enfrenta” al peronismo (el único adversario es la “dictadura oligárquica”) sino que marca una opción dentro del campo nacional: más aun, sería la única opción verdaderamente consecuente con las banderas del 17 de octubre. En definitiva, el FIP buscaba conectar con el espíritu combativo de numerosos sectores de las masas peronistas, cuyas exigencias hacía tiempo desbordaban las posiciones de las direcciones sindicales y partidarias.

Sin embargo, este planteo encontraría escaso espacio para su crecimiento en el marco de unas elecciones polarizadas en las cuales participaba un frente justicialista directamente organizado por Perón. En efecto, en las elecciones de marzo de 1973, el FIP obtendrá escasos votos (0,4%) y rápidamente apoyará al gobierno peronista electo. Meses más tarde, tras la renuncia de Cámpora y el llamado a nuevas elecciones con la candidatura de Perón, el FIP podrá materializar su orientación inicial conformando una “lista colectora” que obtendrá unos históricos resultados: casi un 7% de los votos, aportando casi un millón de votos a la fórmula peronista bajo el lema de “Votar por Perón desde la Izquierda”.⁴³ Resulta evidente, que la orientación del FIP portaba un extraordinario potencial en la medida que no confrontase electoralmente con las estructuras justicialistas. Sin embargo, exceden las posibilidades del

⁴¹ *Izquierda Popular* n° 9, Dic-72.

⁴² *Izquierda popular* n°11, feb-73

⁴³ *Izquierda popular* n° 22, Sep-73.

presente trabajo describir pormenorizadamente las posiciones elaboradas por el FIP durante los meses posteriores a marzo de 1973 hasta la realización del segundo ciclo electoral en septiembre de ese año. Del mismo modo, futuras indagaciones podrían continuar reflexionando sobre las particularidades de los planteamientos del FIP frente al conjunto del convulsionado tercer gobierno peronista, muchas de las cuales también serán polémicas y sensiblemente diferenciadas del resto de las organizaciones de Izquierda de la época (por ejemplo, apoyando –también desde criterios marxistas- a todo el gobierno de Isabel Perón hasta sus últimos momentos).

En definitiva, hemos logrado desarrollar la forma singular mediante la cual el FIP pensó la relación entre las “tareas estratégicas” de carácter socialista y el “fenómeno peronista” como proceso de liberación nacional realmente existente en nuestro país. En términos generales, esta relación fue expresada en la fórmula de un “apoyo crítico” que nunca asumió la identidad peronista como propia: “*Apoyar a Perón desde la Izquierda*” fue un ensayo *sui generis* del FIP y de la Izquierda Nacional que se desprendió de una lectura trotskista de la realidad argentina y que se diferenció de todas las demás variantes de la Izquierda. En efecto, del vasto mundo de organizaciones revolucionarias de la época, la singular orientación del FIP que hemos presentado se distanció tanto de las organizaciones de la “Izquierda Peronista” como de aquellas puramente marxistas, incluso cuando muchas de ellas abonaban al mismo objetivo estratégico (el denominado “socialismo nacional”).

Conclusiones

En la primera sección de este artículo, hemos desarrollado las principales líneas estratégicas sostenidas por la Izquierda Nacional durante la década de 1960, enfocando nuestro análisis en cómo sus raíces trotskistas conformaron una singular clave de lectura tanto del “hecho peronista” como de la historia política nacional en su conjunto. En segundo término, hemos indagado el modo en que estos lineamientos se han puesto a prueba en una coyuntura determinada (el retorno del peronismo en las elecciones de 1973).

De este modo, podemos concluir que la Izquierda Nacional se trató de una corriente política con una impronta marcadamente intelectual, cuyo interés fue conjugar un apoyo circunstancial al peronismo con una identidad de Izquierda y socialista que lo trascienda. Por supuesto, este proyecto se enmarcó en los marcos epistemológicos de un marxismo etapista y con profundos fundamentos positivistas, los cuales hemos prescindido deliberadamente de criticar, pues estos eran marcos de interpretación comunes a todo el pensamiento de izquierdas de la época. Dentro de esos marcos, la Izquierda Nacional estuvo lejos de implicar una anomalía o una “deformidad” como suponen algunas interpretaciones. Por el contrario, en los años indagados la estrategia de la Izquierda Nacional y sus diferentes posicionamientos

tácticos (más allá de sus posibles “errores” de lectura política, los cuales a la distancia muchos de ellos se pueden considerar significativos) configuraron una racionalidad política sólida y coherente –a su modo- con los presupuestos del marxismo, la cual incluso evidenció notable potencialidad para empalmar con el clima de época. Por ello, nada justifica afirmar que se trataba de una experiencia puramente “transicional” hacia el peronismo, como señala Acha (2000). En esa lectura, la Izquierda Nacional desde sus orígenes tendría sellado su destino hacia un “nacionalismo de izquierda” que terminaría por abandonar el marxismo y asimilarse al peronismo. Desde nuestra visión, esto se trata de una lectura retrospectiva basada en la trayectoria de algunos de sus principales dirigentes, como fue el caso emblemático de Abelardo Ramos. Sin embargo, la deriva política menemista de Ramos durante los años 90, lejos de suponer una continuidad natural con sus planteos, constituyó una ruptura radical con todas las posiciones sostenidas durante las décadas precedentes.

En definitiva, la Izquierda Nacional implicó una ingeniosa propuesta política que, a partir de un marxismo de cuño nacional-trotskista, buscó construir un espacio político delimitado tanto de la “Izquierda Tradicional” como del peronismo. Sin embargo, esta “doble delimitación” nunca fue equidistante: mientras que el rechazo, por ejemplo, al Partido Comunista era total; frente al peronismo la Izquierda Nacional ensayaba un juego permanente de “crítica y reivindicación”, de “apoyo y distanciamiento”, siempre consistentemente justificado desde categorías marxistas. Retrospectivamente, quizás su mayor limitación haya sido, como hemos señalado, un palpable vanguardismo intelectual que condenó al grupo a cierto auto-asilamiento y que limitó severamente las posibilidades de crecimiento de su caudal militante y de su influencia política. Es notorio que para los principales referentes de la Izquierda Nacional resultaba más relevante sostener la posición teóricamente “correcta” o “coherente” que incidir en el curso de la realidad política. Aquello se evidencia, por ejemplo, en su innegociable delimitación de toda identidad peronista por su “carácter burgués”. Esta posición –que se consuma en el *“apoyo crítico desde la izquierda”*- le permitió a la Izquierda Nacional priorizar y conservar su “pureza” ideológica: al no asumirse nunca dentro de la identidad peronista fue completamente libre de marcar todas sus limitaciones, pero, a su vez, siempre pudo identificarse con sus logros.

Bibliografía

- Acha, O. y Eidelman, A. (2000). "Nacionalismo y socialismo: Jorge Abelardo Ramos y la Izquierda Nacional" en Taller: Revista de Sociedad, Cultura y Política, N° 13, pp. 100-122.
- Altamirano, C. (1992). *Peronismo y cultura de izquierda: (1955-1965)* (No. 6). College Park: Latin American Studies Center, University of Maryland.
- Calello, O. (2013). "Peronismo, camporismo e Izquierda Nacional". Buenos Aires: Socialismo latinoamericano.
- Cangiano, G., Ferrero, R., Calello, O. (2014). "Abelardo Ramos y la Izquierda Nacional". Buenos Aires: Socialismo latinoamericano.
- Friedemann, S. (2018). "La izquierda peronista de los años sesenta como fenómeno argentino de la llamada nueva izquierda" en *Revista Tempo e Argumento*, vol. 10, núm. 24, 2018.
- Galasso, N. (1983). "La Izquierda Nacional y el FIP". Centro editor de América Latina: Buenos Aires.
- Gross, F. (1959). "La estrategia y la táctica en los movimientos revolucionarios", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 21, No. 1, pp. 211-230.
- Hobsbawm, E. (2013). "Cómo cambiar el mundo". Buenos Aires: Crítica.
- O'Donnell, G. (1977). "Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976". *Desarrollo Económico*, Vol. 16, No. 64 (Ene. - Mar), pp. 523-554
- Ramos, A. (1949). "América Latina: Un país". Buenos Aires: Editorial Octubre.
- Ribadero, M. (2014). "Jorge Abelardo Ramos y América Latina. Los orígenes discursivos de la "Izquierda Nacional" argentina". *Revista Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* 51.
- Ribadero, M. (2016). "El marxismo latinoamericano de papel. La política editorial de Jorge Abelardo Ramos a comienzos de los años sesentas". *Trabajos y Comunicaciones* (43): e002. Recuperado de: <http://www.trabajosycomunicaciones.fahce.unlp.edu.ar/article/view/TyC2016n43a02>.
- Rivera, E. (1953). "Trotsky ante la Revolución Nacional Latinoamericana". Buenos Aires: Editorial Indoamericana. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/rivera/1953/003.htm>
- Summo, M. (2011). "Peronismo e intelectuales: Abelardo Ramos como intérprete de la cuestión nacional latinoamericana". *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"*, año 11, n° 11, 2011, pp. 247-260.

Trotsky, L (1934). “*La Cuarta Internacional y la guerra*”, publicado en forma de folleto en *Pioneer Publisher*.

Trotsky, L. (2001). “La revolución Permanente”. Fundación Federico Engels: Madrid.

Trotsky, L (2008). “*Programa de Transición: La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional*”. CEIP Ediciones: Buenos Aires.

Fuentes y documentos primarios:

Documento “*Clase obrera y poder: Tesis políticas del Partido Socialista de la Izquierda Nacional*” (1964) del Tercer congreso nacional del PSIN. Disponible en: <https://pensamientolatinoamericanounmdp.files.wordpress.com/2011/09/psin-tesis-1964.pdf>

Periódico de la Izquierda Popular. Órgano del FIP. 1972-1975. Utilizado del numero 1° (Sep-72) al 31° (Mar-74).

Semanario “*Frente Obrero*” del 19/10/45

Revista “*Izquierda Nacional*”, tercera época, números: 19° (Ene-72), 24°(Jul-73), 25° (Ago-73), 28° (Feb-74) y 33° (Ene-75).